José Gómez Muñoz

DESDE LA ALHAMBRA

VENTANAS A LA ETERNIDAD



El libro de los más bellos relatos de la Alhambra río Darro, Albaicín, Realejo y Granada

romi3.jimdo.com
cas_orla@yahoo.es

Dibujos:
Fotos. José Gomez Muñoz
Primera edición --2014
Granada, 2010-2014

ÍNDICE

Copo de Nieve

Relato corto en cinco pequeños capítulos para leer en Navidad 2015

1- El copo de nieve

En la región más fría del mundo y también la más hermosa de la tierra, el copo de nieve dijo a sus compañeros:
- Ha llegado el momento. Por fin me marcho con vosotros a recorrer mundo. ¿A dónde tenéis pensado ir?
Uno de los mil copos, ya revoloteando y preparado para el viaje entre las nubes grises colgadas del cielo, le contestó:
- No hemos fijado un destino concreto. Nosotros solo queremos recorrer mundo en busca de aventuras. Tenemos necesidad de escapar del hogar e irnos al encuentro de otras realidades.
- ¿Visitaréis ciudades?
- Ciudades, pueblos, aldeas, valles, montañas…
- ¿Y en qué lugar concreto os quedaréis?
- Ya te he dicho que nuestro íntimo deseo es recorrer y conocer sitios, lugares, personas, animales, plantas…

Y el copo de nieve se sintió muy identificado y, por eso, confortado. Era lo que él, desde hacía mucho tiempo, desde que era diminuta gota de agua saltando por los arroyuelos, estaba soñando. Millones de veces lo había hablado con sus hermanos, sus padres, sus amigos. Y siempre les decía:
- Un día de estos, me iré de casa para siempre. Siento, cada vez más, una irresistible necesidad de irme de casa y viajar, conocer mundos, ciudades, pueblos, personas… Es

como si una extraña ansia de búsqueda y libertad me empujara desde dentro. Por eso no me importa ni abandonar la seguridad del hogar ni a los conocidos y amigos que aquí tengo.
Y sus hermanos y padres callaban. En el fondo lo comprendían pero también en el fondo tenían miedo.

Seguía hablando con algunos de los que consideraba amigos suyos y les decía:
- Si no salimos del sitio donde hemos nacido, si no viajamos y recorremos mundo, si no vamos en busca de amigos y lugares nuevos, es como si nuestras vidas no tuvieran sentido.
Y algunos amigos y compañeros siempre le argumentaban:
- Te en cuenta que no todo será tan bonito y fácil a como ahora lo sueñas. La tranquilidad y seguridad del hogar, quizá no la encuentres nunca en ninguno de los sitios que visites. Tendrás problemas y sufrirás y seguro que desearás volver de nuevo a tu tierra.
Y el copo de nieve le respondía:
- Aunque las cosas sean como dices, siempre tendré la satisfacción de haber conocido lugares y personas diferentes. Necesito vivir mi vida para aprender por mí mismo. Necesito hacerme a base de experiencias propias. Ni el consejo más sabio podrá ayudarme tanto como aquello que experimente por mí mismo. Tengo que vivir experiencias.

Y otro de los compañeros le decía:

- Tú lo que eres es un aventurero. Un inadaptado que solo luchas para realizar tu sueño. Y, aunque es bonito lo que sueñas, seguro que al final vuelves con las manos vacías y derrotado. Es lo que le ha pasado a muchos. Se marcharon del hogar, de esta región del frío, y en cuanto se encontraron en los lugares cálidos, en cuanto los acarició el sol, murieron derretidos. Nosotros somos frágiles, pequeños, vulnerables… No estamos hechos para muchas de las cosas en este suelo.
- Aunque sea así, quiero irme a recorrer mundo. Cada día que pasa ardo más en deseos de salir volando.
- Pues ya nos contarás cuando vuelvas.
- ¡Eso! Si es que vuelves.
Y él les seguía diciendo:
- Y si no vuelvo tampoco será nada malo. Quizá ese sea mi destino. Morir por el sueño que uno lleva dentro, es lo único que importa. ¿De qué sirve la vida si uno no la gasta luchando por aquello que cree? Una vida sin sueño no tiene sentido. Así que no estoy equivocado.

2- El copo de nieve a punto de salir de viaje

En la región de la nieve, en el lugar más frío del mundo y también el más hermoso de la Tierra, Copodenieve ya se encontraba entre sus compañeros de viaje. Y, de alguna manera y a su modo, celebraba su partida. Jubiloso como cuando los jóvenes por primera

vez se marchan de sus casas. Les decía a los que tenía más cerca:
- Encontraré, por fin, a la amada de mis sueños y compartiré con ella un mundo nuevo y todas las fantasías que, desde niño, llevo en mi corazón. Seré el más libre de todos y, por eso, repartiré amor y respeto en todo momento.

Iba cayendo la noche. Desde las grises nubes, colgadas como del cielo, Copodenieve miraba. Con las últimas luces del día, todavía se veía con claridad las llanuras de los campos. Las tierras blancas, surcadas por grandes ríos y cubiertas por extensos bosques, único mundo que Copo siempre había conocido. Un mundo frío, hermoso como el sueño más bello, pero al mismo tiempo triste y como vacío. Por eso, según se dejaba mecer por el helado vientecillo que entre las nubes lo acurrucaba, miraba para despedirse. Y no sentía tristeza sino más bien pena. La hermosa región del frío, casi siempre cubierta por una densa capa blanca, parecía como sin vida. Como apagada o dormida en una quietud perfecta.

De aquí que Copodenieve le dijera al compañero que tenía al lado:
- Mira conmigo y verás qué desolado. Todo es llano y todo tiene el mismo color. Y parece como si no hubiera más vida que los ríos y los bosques.

- Pero los pueblos y las ciudades están ahí. Y dentro de las casas las personas se acurrucan calentitas.
- Sin embargo, fíjate en las calles de la ciudad. Todo parece solitario. Vacío, sin vida. Tres luces solo brillan al final de aquella avenida. ¿Dónde están los niños, los jóvenes, las muchachas, las personas mayores?
- Dentro de sus casas acurrucados al calorcillo.
- Es un mundo aburrido. Bello pero feo. Entre los niños, jóvenes y mayores, no tengo ni un solo amigo. Por eso ahora no siento pena irme. Nadie por aquí me dio nunca calor ni cariño. Y, además, cada vez que miro y solo veo llanuras y llanuras y todo helado, el alma se me cae a los pies. ¡Qué poco me gusta este país mío aunque para otros sea tan bello!

3- El viaje de Copodenieve

Cuando ya, Copodenieve, rodeado de sus compañeros, ilusionado volaba por el espacio, sin parar miraba y preguntaba. Para él era todo nuevo. Los valles, los ríos, las montañas, los bosques, las nubes y las nieblas. Y lo mismo las hileras de coches surcando las carreteras y el resplandor de las ciudades.

Decía a sus compañeros:
- Es fantástico un viaje como éste.
Y ellos le respondían:
- Pero todavía no has visto nada. El mundo es más grande de lo que tú piensas. Espera un poco y ya verás cuando atravesemos las altas

cumbres de las cordilleras y, la luz del nuevo día, nos deje ver.

El aire de la ventisca los empujaba con fuerza y, por eso, a veces bajaba y otras veces subía. Como en un columpio de feria. Y, en algunos de estos momentos, seguía charlando con los copos de nieve que tenía más cerca. Chocaba con ellos y, entonces, aprovechaba para preguntar:

- Y tú ¿a dónde quieres que el viento te lleve?

Y este nuevo compañero le decía:

- Yo quiero aterrizar en lo más alto de la montaña. Allá donde haga mucho frío y los rayos del sol no me hieran.

- ¿Y por qué si vienes de una montaña quieres ir a otra montaña?

- Para vivir más lejos del lugar donde nací y así conocer mundo y personas. Lo importante es ir a muchos sitios y conocer siempre lugares nuevos. Si aterrizo sobre la cumbre de una alta montaña viviré más tiempo y, de este modo, alegraré con mi color blanco los paisajes de esta tierra.

Otra ráfaga de viento empujó fuerte y zarandeó a Copodenieve. Subió rápido por entre un remolino de pequeños y blandos copos. Con uno y otro fue tropezando y, al hacerlo, siempre exclamaba:

- Esto es lo más divertido que nunca había imaginado.

Un copo rechoncho, de pronto se puso a su lado. Sin dejar de mecerse en el viento, miró a Copodenieve y le preguntó:

- ¿Con qué destino sueñas tú?

- No tengo preferencias por ningún rincón del mundo pero me han dicho que al sur de la Tierra, todo es muy bonito.

- En el sur no hace mucho frío y eso es malo para nosotros. Aunque el sol es la fuente de la vida y lo más hermoso del mundo, para nosotros no es bueno.

- ¿Conoces tú por ese lado del sur, algún sitio especialmente bello?

- Hace unos años estuve en Sierra Nevada.

- ¿Dónde se encuentra eso?

- Al sur de España, en una ciudad muy hermosa que se llama Granada.

Al oír este nombre, Copodenieve se quedó pensativo. Para sí se preguntó: "¿De qué me suena a mí el nombre de Granada? Ahora no lo recuerdo bien pero, de Granada en alguna ocasión, alguien me ha hablado mucho. Y recuerdo que también me gustaba a mí mucho todas las cosas que me contaban. ¿Cuándo sucedió esto, cómo y en qué lugar?"

Y, Copodenieve, otra vez fue empujado por el viento. Un viento fuerte y muy frío que soplaba desde el norte, llevando la borrasca hacia el centro de Europa. Copodenieve tampoco sabía mucho de esto. Era tanta la alegría por su viaje, hacia la

libertad y en busca de su sueño, que solo tenía tiempo para preguntar y mecerse en el viento.

Por eso se acercó otra vez al copo rechoncho y le dijo:

- Cuando tengas un rato quiero que me hables de Granada. ¿Cómo fue tu primer viaje a España y cómo te fueron las cosas por la ciudad de Granada?

- ¿Por qué tienes tú tanto interés en saber cosas de esta ciudad y no de cualquier otra de las muchas que hay en el mundo?

- No recuerdo ahora quién ni cuándo ni dónde pero de Granada me han hablado mucho y todo muy bueno. Me dijeron que en ella todo es tan bello como el más hermoso de los cielos. Y me dijeron que en su corazón y en su alma hay una magia que no existe en ningún otro lugar del mundo. Y también me dijeron que en Granada, todo es como el más dulce de los sueños. ¡Háblame de Granada!

Y el copo rechoncho y blanco blando como la seda, dijo a Copodenieve:

- Una cosa importante que no debe faltar nunca en tu vida es un ideal, un sueño, una meta. Debes luchar hasta dar la vida por algo hermoso y elevado. Por eso, tener un sueño, siempre te dará la fuerza necesaria para llegar hasta el final. Solo de este modo podrás conseguir aquello que tanto apeteces.

- ¿Y tú tienes en ti este sueño?

- Lo tengo desde el primer día que fui agua y, más aun, cuando el frío me convirtió en nieve.

Siempre deseé ser el copo más perfecto y blanco. Mucho más que lo eres tú en este momento.

Copo reflexionó un momento y luego preguntó:
- ¿Cuándo terminaremos de llegar a Granada?
- Esta ciudad aun queda lejos. ¿Es que tienes prisa por llegar?
- Estoy pensando algo.
- ¿Qué es lo que estás pensando?
- Como ya te he dicho hace un rato, quiero que me hables de Granada. Y también quiero que me hables de Sierra Nevada y de tu sueño. Tu experiencia me puede servir de mucho, aparte de que también me gusta el modo en que me hablas. Me gusta aprender de ti. Por eso quiero que me cuentes todo lo que sepas de las tres cosas que ya te he dicho. De aquí mi pregunta de si tardaremos mucho en llegar. ¿Nos dará tiempo hablar de lo que te estoy pidiendo?
Estamos ahora mismo atravesando Europa. Y España se encuentra casi al final de este gran continente.
- ¿Entonces tardaremos dos día en llegar?
- Depende de la fuerza con que nos empuje el viento.

Y, en este justo momento, una ráfaga de viento helado, aguijoneó desde abajo. Copodenieve y su compañero, salieron lanzados hacia donde la nube era más densa. Y Coporrechoncho gritó a su amigo:

- Acércate a mí y pega tu cuerpo con el mío para que no nos perdamos. Quiero hablarte de lo que deseas antes de que lleguemos o nos estrellemos en una montaña cualquiera.
Y, Copodenieve, aprovechando uno de los muchos empujones que le daba el fuerte viento, se apretujó con su compañero.
- Así estamos seguros. Cada uno seguimos siendo cada uno pero unidos como en un solo cuerpo. Es bonito esto y bueno aunque debemos tener mucho cuidado. En cuanto el viento deje de sostenernos, porque pierda fuerza, como los dos unidos pesamos mucho, podemos precipitarnos y caer a la tierra. En cualquier lugar del mundo. Y esto no será bueno para el sueño que estamos comentando.

Por momentos, cada vez más emocionado, Copo seguía diciendo:
- Es la primera vez que esto ocurre en mi vida y me está gustando. En ti, sin quererlo ni buscarlo, ya tengo un buen amigo, que me apoya y me enseña. ¡Eres fantástico!
El viento los seguía empujando cada vez con más fuerza y frío.
- Tenemos que procurar subir, cuanto más alto, mejor. Si queremos llegar lejos, yo a Sierra Nevada y tú a Granada, tenemos que subir a la parte más alta de la nube. Así tendremos más oportunidades de sobrevivir y vivir experiencias. La vida de un copo de nieve, de cualquiera de los millones de copos de nieve que cada año caen sobre la Tierra, siempre es frágil y breve. Y, en cada momento, está

condicionada por la altura. Cuanto más subamos más oportunidades tendremos. Procura no ser como todos. La mayoría de los copos blancos que ahora mismo viajan con nosotros, ni siquiera tienen sueños. Les da igual ir lejos o cerca o caer en una montaña o en un valle. No serán nada en sus vidas. Solo copos de nieve, ahora, y luego agua que quizá, enseguida se contamine, con las suciedades de los millones de humanos. Subamos a lo más alto de la nube para que podamos realizar los sueños que soñamos.

Y preguntó Copo:

- Yo hago este viaje porque deseo vivir aventuras. Y también porque, en el fondo de mi ser, quiero sentir emociones y encontrarme con las cosas más bellas. Y tú ¿por qué realizas este viaje?
- Por el sueño que ya te he dicho antes.
- Para mí sería muy interesante si me contaras algo de ese sueño tuyo.

Una densa bandada de copos, de pronto llegaron desde la derecha. Empujados por la fuerza del viento y, por eso, dando volteretas y achuchándose unos contra otros. Como si vinieran huyendo del más feo de los fantasmas o como si tuvieran prisa para alcanzar una meta muy concreta.

Rechoncho y Copo, se sintieron acorralados. Empujados, por el lado de la izquierda y envueltos por una densa niebla.

Aunque en realidad, como era noche cerrada, nadie veía nada de lo que pasaba en el corazón de la borrasca. Nadie veía según el modo en que vemos los humanos pero los copos de nieve ven de otro modo. Desde su interior de hielo y por eso son amigos de los vientos y vuelan sin tener alas y se visten con el color más puro y blanco.

4- El relato de Copodebil

Rechoncho dijo a Copo:

- No te pierdas. Agárrate fuerte a mí para que nada ni nadie nos separe en este viaje.
- Yo me aprieto contigo todo lo que puedo y también, con lo que me empuja el viento, me agarro más fuerte a tu mano.

Y, en este momento, un copo muy débil, en forma de estrella pequeña con tres puntas, se rozó con Rechoncho.

- ¡Perdona! Pero es que no hay manera de tener el más mínimo control de uno mismo.
- No pasa nada. Estás perdonado.
- ¿Adónde quieres ir tú?

Alzando la voz mucho para que sobresaliera por encima del ruido que emitía el viento, Copodebil dijo:

- Una de las veces que fui nieve las nubes me dejaron en las montañas de Cazorla.

Quiso seguir hablando pero otra vez el viento los empujó con mucha fuerza. Con tanta fiereza que estuvo a punto de irse al otro extremo de la tormenta. Pero Copo lo rozó con

su blando cuerpo, hizo un hueco y lo sujetó junto a ellos. Interesado le preguntó:
- ¿Dónde están las Sierras de Cazorla? Creo, también, que en alguna ocasión alguien me dijo algo de estas montañas.
- No se encuentran lejos de Sierra Nevada. Un poco al norte de Granada y justo donde nace el río Guadalquivir.
- Y cuando estuviste en ese lugar ¿Te gustó a ti eso?
- ¡Mucho! Son unas sierras tan bonitas que da gusto mecerse sobre ellas y luego caer por entre los pinares, las rocas, los hermosos valles y las laderas.
- ¿Hay muchos arroyos por allí?
- Tantos que nombrarlos todos llevaría una vida entera.
- ¿Te acuerdas tú dónde fuiste a caer la última vez que estuviste en esas sierras?
- Me acuerdo como si estuviera sucediendo ahora mismo.
- ¿Dónde fue y cómo?
- En las laderas de un gran monte que se llama Banderillas. No al sur, que es donde están los Campos de Hernán Pelea ni tampoco al norte, que es por donde nacen los ríos Borosa y Aguasmulas, sino un poco al este. Por donde se llega cuando se va desde el nacimiento del río Segura.

Sin saber por qué, Copo sintió un poco de envidia. Por eso, otra vez preguntó:
- ¿Y te gustó a ti mucho ese sitio?

- Ya te he dicho que tanto me gustó que ahora quisiera que esta nube y el viento me dejaran caer sobre ese mismo lugar.
- Pero, aunque sea tan bonito como dices, yo creo que Granada le supera. Y, Sierra Nevada, quizá mucho más.
- De Granada no puedo decirte mucho pero sí de las laderas del Banderillas. Aunque, de este lugar tan bello, también tengo una queja.

Copo, que en este momento viajaba pegado por completo a Rechoncho y rozándose, de vez en cuando, con Débil, trazó una divertida pirueta. Desde el lado de abajo saltó para arriba, impulsado por el viento de la nube. Y, desde arriba, buscó un hueco y se colocó en el centro. Entre Rechoncho y Débil. Aclaró, entusiasmado y muy seguro de sí:
- Unidos los tres hasta el momento en que esta nube nos deje caer al suelo. Porque me estáis demostrando que sois los mejores amigos. Estáis compartiendo conmigo todas vuestras cosas y os lo agradezco. Ya sabéis que soy nuevo en esta aventura. Es mi primera vez en un viaje como éste y, por eso, a penas sé nada de la vida de un copo de nieve. Pero, con amigos como vosotros, se me está quitando todo el miedo.

Y, al pronunciar estas palabras, se acurrucó más contra Rechoncho y Débil. Como si, de este modo, quisiera demostrar su sincero agradecimiento por tan bonita amistad. Le dijo, a Copodebil:

- Te defenderé hasta dar la vida por ti, si hiciera falta. Por eso, siéntete seguro y sigue hablando de tu experiencia en la Sierra de Cazorla. ¿Por qué me has dicho que tienes tus quejas de ese sitio? ¿Qué fue lo que te pasó la última vez que estuviste en estas montañas?

Copodebil, sintiéndose apoyado por la buena amistad de Copodenieve, habló y dijo:
- Es una historia muy larga que no me dará tiempo contarte en este momento. Porque quizá dentro de poco amanezca y quizá la nube y el viento nos deje caer sobre la tierra.
- Pero, mientras tanto ¿dime de qué o por qué estás molesto?

Y, despacio, Débil relató a Copo:
- Sabes, como ya te decía, las laderas de las Banderillas, son muy bellas. Y, el sitio donde yo me posé, es más bonito todavía. Alzado, casi en la cumbre pero mirando al este y frente a los Campos de Hernán Pelea. Es un lugar donde solo hay unos cuantos pinos, algunas rocas y un poco más abajo, un pequeño valle. También un collado y, por este punto, un viejo camino que sube desde el barranco del río Aguasmulas. Un paraje precioso, donde hace mucho frío y hay abundante luz porque el sol da de frente nada más levantarse. Y también porque todo aquello es tierra de pastores, sinónimo de hombres buenos. Los pastores de los Campos de Hernán Pelea, son las personas más nobles del mundo. Luego te digo por qué pienso de esta manera.

Después de un breve silencio, motivado por el vaivén del traqueteo del viento, Copodebil, prosiguió:

- Era un día de invierno. Amanecía y hacía mucho frío. El viento no soplaba tan fuerte como éste que ahora nos zarandea. Pero sí corría en cantidad y empujaba con cierta potencia. Por eso, al llegar a las cumbres de las Banderillas, se quejaba al romperse contra las duras peñas. Y también se lamentaba al chocar con las ramas de los pinos y los pequeños escaramujos que, por todo ese territorio, crecen. Daba miedo oírlo pero era un bello espectáculo que también debes conocer. Ya sabes: un copo de nieve, por insignificante que sea, también debe tener cierta sensibilidad por las cosas que les rodea. Un día, ya te darás cuenta, que somos mucho más que nieve blanda.

Pero vamos al caso de lo que vengo diciendo: amanecía y la nube que nos llevaba, en compañía del viento, por toda aquella ladera, comenzó a soltar copos blancos. Hermosos copos de nieve que, como en un juego de mariposas, caían desde todos los lados. Y, después de realizar prodigiosas danzas mientras por el espacio descendían, se iban posando por todos los sitios de aquella ladera. También por las cumbres de las Banderillas, por las recogidas hondonadas y por el collado del camino viejo.

Y claro que todo aquel terreno se fue llenando de tiernos y bellísimos copos de nieve. Y, según yo iba viendo, aquel espectáculo me gustaba mucho. Porque no solo me parecía hermoso y mágico si no trascendente, muy trascendente. Algo así como si fuera una de las experiencias más importantes en la vida de un copo de nieve. Como si fuera la materialización del sueño que, en el fondo, todos llevamos dentro. Mejor aún: aquel momento maravilloso de las nubes derramándonos sobre las laderas de las Banderillas, yo tenía claro que era parte de la gran misión que el destino me había encomendado. Por eso me sentía plenamente feliz y todo mi ser vibraba de emoción.

Feliz y enamorado como nunca yo he estado a lo largo de mi vida. Porque, y también ahora quiero decírtelo, lo primero y más importante que un copo de nieve debe hacer en su vida, es quererse a sí mismo. Enamorarse de su blancura y de la fragilidad de su cuerpo. Y también debes practicar esto con todos aquellos compañeros que compartan aventura contigo.

Sí, un buen copo de nieve, debe siempre quererse mucho a sí mismo y ser el mejor compañero mientras va de vuelo por las nubes y cuando luego se posa en el suelo. Solo de esta manera serás digno de la blancura que a la nieve corresponde. Y también solo de esta manera llenarás de belleza los paisajes donde te poses. Porque hay que ser feliz y quererse

mucho para poder transmitir a los demás el gusto y amor a la vida. Nada ni nadie podrá transmitir lo que no se lleva dentro. Esto es así de sencillo y así de concreto.

Por eso, aquel paisaje de las laderas de las Banderillas, por momentos, se iba vistiendo con la belleza más pura. Al amanecer de aquel día frío de invierno, los copos de nieve que desde las nubes descendían, lo iban cubriendo todo. Mientras me mecía delicadamente entre los dedos del viento, esperaba mi turno para caer al suelo. Por mi lado, por la derecha, por la izquierda, por arriba y por abajo, me iban pasando pequeñas bandadas de copos. Y, al rozarme mientras caían, me saludaban ilusionados. Todos, todos, me decían:

- Nos vemos dentro de un rato en la alfombra blanca que, sobre estas tierras, estamos dibujando. No tengas miedo que todo será dulce y divertido. Fíjate qué contento voy yo bajando.

Y era cierto: todos los copos de nieve, según caían para el suelo, iban dejando estelas de luz y alegría. Contentos de sí mismos y contentos de dar sus vidas por la misión que a cada uno el destino le tenía asignado. Por eso, allí descubrí yo, en ese mismo momento, que nada hay más hermoso en la vida de un copo de nieve, que enamorarse de su blancura y, vestir con esta blancura, la tierra sobre la que el viento nos deja.

Estuvo nevando toda la mañana. Lentamente pero sin parar y, por eso, el terreno se fue cubriendo poco a poco. Con una alfombra tan blanda que parecía de nata. La nube que nos llevaba, a veces, se acercaba tanto a la tierra que parecía fundirse con ella. Por esas zonas altas de las Banderillas y los Campos de Hernán Pelea, cuando llueve o nieva, se alza mucha niebla. Un espectáculo que también hay que verlo para descubrir la hondura de su belleza.

Y, conforme los copos iban cayendo desde la nube al suelo, me empujaban. Casi siempre sin quererlo. Pero yo tenía mucho cuidado no fundirme con ellos porque me interesaba no caer ni entre los primeros ni entre los últimos. Era la primera vez en mi vida que había venido en forma de copo a estas montañas. Por eso me interesaba seguir dando vueltas por entre la nube hasta el último momento. Quería descubrí y aprender cómo es y cómo se ve una gran nevada, desde arriba. Y también me interesaba quedar, en la alfombra blanca que la nieve estaba tejiendo, arriba del todo. Para seguir viendo la transformación de todos esos campos y, para así, continuar aprendiendo.

Por eso, cada vez que algún copo, al pasar junto a mí, me rozaba, yo me apartaba. Para no fundirme con él y, con el peso de los dos, precipitarnos para el suelo. Y lo fui

logrando. Y, como el viento no paraba de soplar, también fui cumpliendo otro de mis deseos: ir de un lado a otro y desde las cumbres a la llanura y observar despacio todos los paisajes que por ahí tienen esas montañas. Y, según los iba descubriendo, más y más me gustaban. Por eso ahora puedo decirte que son fantásticos esos sitios. Hermosos como el sueño más bello y misteriosos como la fantasía más extraña.

Pasó el tiempo. El sol, aunque nos se veía porque la densidad de la borrasca lo ocultaba, sí se intuía dónde estaba. Ya en la mitad entre el horizonte y la vertical. Y, por eso, todos aquellos paisajes, se veían iluminados. Como si en ellos se reflejara un gran chorro de luz pura y mágica. Y era así: la luz tamizada del sol iba reverberando sobre la inmaculada alfombra que los copos fabricaban. Porque, ya a media mañana, la nevada era tan grande que lo cubría todo. Se vía una alfombra tan ancha y espesa que parecía que medio cielo se había derramado sobre la tierra.

En mitad de la ladera, a la derecha de la vieja senda, hay una gran roca. De más de un metro de alta y, por arriba, un poco plana. Varias veces, en mis idas y venidas, pasé rozando la superficie de esta roca. Y, cada vez que esto sucedía, me fijaba y descubría la capa de nieve que aquí se iba acumulando. Lo mismo que por la ladera entera, por el llano que recorre la

senda, por lo alto de las cumbres y por los anchos Campos.

Y, al viento que me llevaba de un lado a otro, una vez y otro le decía: “Quiero posarme sobre la pequeña llanura de esta roca”. Y ¿sabes por qué pensaba esto? Porque ya había descubierto que, desde lo alto del peñasco, se veía todo. La inmensa superficie blanca que la nieve iba fabricando y la vieja senda y el collado. Y, además, desde lo alto de esta roca yo imaginaba que podría estar un poco más conmigo mismo. ¿Que si tenía miedo? Ninguno. El destino de un Copodenieve, en cuanto cae al suelo, es morir. Pero yo deseaba vivir la mejor experiencia.

Así que ya la nevada casi había terminado. La nube había derramado casi toda su carga y el sol se adivinada muy alto. Sobre la superficie de la roca, una espesa capa de nieve y el viento acariciaba muy despacio. Me empujaba como en una caricia de seda y, como en forma de beso delicado, me dejó donde yo quería. Justo en la parte de arriba de la gruesa capa de nieve acumulada sobre el peñasco. Le di las gracias y me sentí bien. Como si de pronto hubiera alcanzado la meta más importante de mi sueño.

A media tarde dejó de nevar. Se calmó por completo el viento y las nieblas se levantaron. Las montañas y los campos se iluminaron con una luz blanca y azul y las

nubes se abrieron. Como si ya la borrasca hubiera vaciado toda su carga de nieve. Y, por eso, todos aquellos paisajes estaban alfombrados con la blancura más pura. Como si hubieran sido acicalados por las más expertas manos del mejor de los artistas. De aquí que la hermosura que por todos aquellas paisajes relucía, fuera fantástica.

Desde lo alto de mi peña, en mi pequeño lecho blando, yo observaba y me sentía feliz, como he dicho antes. Realizado y, en una libertad y serenidad, como nunca había soñado. Y llegó la noche. Sin viento ninguno pero sí mucho frío y con el canto de algún cárabo a lo lejos. Lo demás, hondo silencio y honda serenidad. Como si el fin de los tiempos de pronto hubiera llegado. Una noche hermosa como nunca jamás había imaginado y, el amanecer, aun lo fue más.

Porque amaneció con solo unas cuantas nubes por el cielo, con la misma serenidad que había reinado a lo largo de la noche y sin una chispa de viento. Y esto sí que me gustó a mí. Allá por el horizonte, el sol con sus dorados reflejos, salpicado de nubes blancas y negras el cielo, la blancura cubriendo por los llanos y las cumbres de las montañas y la serenidad de la más honda eternidad. Un momento impresionante que solo se vive una vez a lo largo de la vida. Un sueño que la naturaleza me regalaba de parte del Creador del Universo.

Pero de pronto, a media mañana, se rompió este sueño. Se oyó, por el camino que llega desde el nacimiento del río Segura, el ruido de un coche. A los pocos minutos lo vimos y, unos minutos después, se quedó atascado no muy lejos de mi atalaya. Vi que de este coche salieron unos cuantos hombres con palas y un niño. Para desatascar el coche comenzaron a mover nieve y, todo lo que por allí cerca había, lo fueron llenando de barro. Como locos o como vacíos de gusto por la belleza de la blancura en todos estos campos. Me dolió mucho. Y más me dolió cuando vi los surcos que trazaron dándole la vuelta al coche para sacarlo de donde se habían metido.

Quise gritarles y quise decirles que, con sus comportamientos, nos hacían mucho daño. Pero ya sabéis: los copos de nieve nunca podremos hablar con los humanos. No con su lenguaje y ellos, muy pocos, conocen el lenguaje nuestro. Consiguieron desatascar el coche después de media hora rompiendo nieve y echando barro por todo aquel entorno.
- Ya lo hemos logrado,
Decían. Y lo habían conseguido, como ya os he dicho, a costa de romper, manchar y machacar la hermosa y pura alfombra de nieve, que por allí la borrasca había dejado. Y no contentos con esto, dijeron:
- Ahora que ya hemos dado la vuelta al coche, pongámonos en ruta y subamos a las cumbres de las Banderillas.

Y dicho y hecho: los tres o cuatro hombres con el niño se vistieron como de conquistadores y, se echaron ladera arriba. Quebrando y rompiendo nieve como desesperados sin importarles destrozar la delicada belleza que por todo aquel territorio había. Decían:

- Hagamos muchas fotos para luego ponerlas en el foro y que se mueran de envidia.
- Cuando vean esta aventura a más de uno se les pondrá los dientes largos.
- Subir a las Banderillas con una nevada como ésta es la primera vez que alguien lo realiza.
- Fíjate, por encima de la rodilla me llega la nieve.
- ¡Qué aventura más buena!

5- Morir en Granada

Al medio día, se empezaron a ver las primeras nubes en los cielos de Granada. Solo unas cuantas aisladas, no muy negras, espesas y en forma de grandes montañas o girones deshilachados. Algunas de estas nubes eran blancas y parecían como si brotaran del mismo azul del cielo que le servía de telón de fondo.

A media tarde, ya todo el cielo de Granada, estaba por completo como un mar sin playas y el color de estas nubes, se iba tornando plomizo. En una quietud abrumadora donde ni siquiera un poco de viento se movía. La luz del día comenzó a disminuir y todo

parecía como si ya la noche estuviera llegando. Pero, un poco después de media tarde, por el horizonte las nubes se abrieron. Sobre la gran Vega de Granada y más al fondo, el denso mar de nubes grises, se quebraron como en forma de granada ya madura. Y por estas grietas y rotos, asomó el sol. Tímido pero proyectando dorados rayos muy luminosos que parecía querer iluminar rincones muy concretos por el valle del río Darro y colina de la Alhambra.

Por el río Darro, desde Plaza Nueva para arriba, los paisajes se iluminaron con la fuerza de una lumbre viva. Color oro líquido, se vieron los árboles que por este valle crecen y color plata y rosa, se vieron los edificios de la Alhambra y palacios del Generalife. Por la Carrera del Darro, calles estrechas del Albaicín y mirador de San Nicolás, las personas que observaban este espectáculo, comentaban:
- Parece como si el tiempo se preparara para dejarnos esta noche por aquí una buena nevada.
- Sí que parece esto y, además, hasta se siente palpitar en el corazón el deseo de que esta noche nieve mucho.

Era Navidad, veinticuatro de diciembre y por eso, en cuanto la tarde se apagó un poco más, las luces brillaron con todos los colores. Por las pequeñas y estrechas calles del Albaicín, en las recogidas plazuelas, por el centro de Granada, junto a los ríos y muchos más rincones.

El sol se ocultó por entre unas nubes alargadas y los rotos de otras nubes, se cerraron. La tarde se fue tornando más y más pálida, gris y plomiza y al poco, pequeños copos de nieve comenzaron a caer. Sobre las casas del barrio del Albaicín, por entre las torres de la Alhambra y jardines del Generalife, por los bosques de la umbría, en la colina de estos palacios y por toda la ciudad de Granada. Y enseguida las calles se vieron llenas de personas. Subiendo por la Cuesta de Alhacaba hacia el corazón del Albaicín, por Plaza Larga, por el Mirador de San Nicolás…

Embelesados y con los corazones alegres, todas estas personas hacían fotos, recogían nieve de las mesas en las terrazas de los bares, se tiraban unos a otros pequeños puñados de esta nieve y además de correr, reír y gritar, muchos comentaban:

- Es como si el cielo nos estuviera premiando con esta bonita nevada en esta tan especial noche de Navidad.

- Parece eso porque desde luego que ver la Alhambra y sus torres cubiertas por la nieve que cae, justo al llegar la noche y en un día como el de hoy, es más que emocionante y bello. Ojalá sea muy larga y copiosa la nevada que ahora mismo se duerme sobre esta tan mágica ciudad nuestra.

- Sería algo único si estuviera nevando la noche entera sin parar y que mañana cuando amaneciera, toda Granada apareciera cubierta

por un tan espeso manto inmaculado como nunca se haya visto antes por aquí.

Y nevó sin parar a lo largo de toda la noche. Lentamente, sin chispa de viento y también con poco frío. Como si el cielo, de una manera especial, no quisiera perturbar la paz en los corazones de las personas en esta singular noche de Navidad. Y al amanecer y en cuanto la luz del nuevo día se abrió, se vio la gran nevada. Cubriendo por completo a toda la ciudad, barrio del Albaicín, valles del río Darro, bosques y colina de la Alhambra.

Un fino y denso manto de niebla, arropaba todos estos lugares. Dando lugar así a un espectáculo nunca antes visto en esta ciudad. Porque la niebla era tan espesa y cubría tanto que hasta parecía emerger de la misma alfombra de nieve que por todas partes se extendía. Por eso la ciudad entera, la colina de la Alhambra y barrio del Albaicín, con los bosques a un lado y otro y todo el gran valle del río Darro y del Genil, parecían como si formaran una amplia sábana blanca que amablemente cubría por todas partes al tiempo que se elevaba hacia el cielo. Como si todo y en todas las direcciones, fuera la misma capa inmaculada que la nevada de la noche había tejido.

Del barrio del Albaicín y del corazón de Granada, muchos niños se fueron juntando por el Paseo de los Tristes. También por la

explanada del Rey Chico y el camino que lleva a la Fuente del Avellano. Por todos estos sitios, la nieve era tanta, que animaba a correr por encima de ella. Por eso los niños que por aquí se fueron reuniendo, ilusionados y como si se tratara de un maravilloso juego, corrían alborozados de acá para allá, amontonando en sus manos puñados de nieve con la que hacían bolas y pequeños muñecos. Se tiraban estas bolas entre sí y hasta se animaban lanzando esta nieve a grandes alturas al tiempo que exclamaban:
- Para enterrar un poco más con nieve las altas torres de la Alhambra. Sí, a ver quien lanza bolas de nieve con más fuerza y consigue llegar hasta esas torres.

A media mañana de este blanco y original día de Navidad, las nieblas se alzaron. Se abrieron las nubes en el cielo y los primeros rayos de sol, incidieron sobre la densa capa de nieve. Dos niños y una niña casi de la misma edad y amigos los tres, desde el Paseo de los Tristes, se fueron por la corta cuesta del Camino del Avellano. Con la intención de pisar y correr por la blanda capa de nieve que por aquí todavía nadie había estropeado. Dijo el mayor de los tres:
- Subamos hasta la misma Fuente del Avellano y descubramos cómo están los paisajes por ahí.
- Sí, vayamos hasta ese lugar desde donde se ve la Abadía del Sacromonte, todo ese barrio

de las cuevas y el ancho valle del río Darro hacia Jesús del Monte.
Expresó también muy entusiasmada la niña del grupo.

Corriendo por el espacioso camino que desde el Puente del Aljibillo remonta y avanza hasta la reducida explanada de la famosa fuente, subieron los tres. Con sus manos ya casi entumecidas por el frío de tanta nieve como habían cogido y con los pies también muy helados y lo mismo sus caras y orejas. Pero como la ilusión de recorrer, pisar y explorar el bonito espectáculo que el día les regalaba, era mucha, ni siquiera sentían ellos el frío en ninguna parte de sus cuerpos. Y también, como la mañana se iba alzando y el sol se asomaba por entre las nieblas calentando un poco y cada vez más, se paraban de vez en cuando, se ponían al sol con la intención de calentarse algo y miraban para la Alhambra, toda la umbría del Generalife y este blanco edificio en lo más alto.

El panorama era tan fantástico y nuevo para ellos, que por momentos quedaban más y más asombrados. Comentó otra vez la pequeña:
- Y si cuando lleguemos a la Fuente del Avellano, buscamos las veredillas y remontamos por esta ladera hasta lo más alto ¿os imagináis lo que por ahí podremos encontrar y lo divertido que será vivir esta ventura?

- Pues si encontramos estas veredillas y nos animamos, sí que podríamos hacer lo que estamos comentando.
Confirmó el más pequeño de los tres niños. Y de pronto, el mayor del grupo, preguntó:
- ¿No sentís vosotros lo que yo, calor en las manos?
- Sí que es verdad. De pronto y por momentos cada vez más, estoy sintiendo que el frío que hasta hace un momento tenía en mis manos, desaparece.
Confirmó la pequeña. Y el menor de los tres, también preguntó:
- ¿Por qué será eso?
- No lo sabemos pero a lo mejor es el sol que por momentos, cada vez calienta más.

Era así porque, según ya caminaban por el punto donde en este recorrido es camino llano y al frente se ven las laderas del Sacromonte y Abadía, veían la redonda figura del sol asomándose por todo lo alto de la colina del Generalife. Pero aunque las nieblas y nubes se iban yendo y el sol aparecía y se quedaba durante mucho rato por completo reluciente en el cielo, el frío era intenso. Y la nieve que iban pisando, por algunos sitios ya estaba dura. Se había convertido en hielo. Y lo confirmaban claramente los pequeños grupos de carámbanos que por su derecha y por donde la ladera mostraba mucha pendiente, se veían. Colgando algunos de las piedras y otros, de las ramas de cornicabras y retamas.

Al dar una curva con el camino y poco antes del arroyo que cae desde el Cerro del Sol, por las ruinas del palacio Dar al-Arusa, se pararon un momento. Comentó la pequeña:
- Yo, desde hace un rato, estoy oyendo como notas musicales. ¿No las habéis escuchado vosotros?
Y agudizaron sus oídos, dejando incluso de respirar un momento con la intención de oír lo que la pequeña anunciaba. Del arroyo que ya tenían cerca, sí que salía un leve rumor de agua saltando por el cauce. Por eso el niño mayor comentó:
- Puede ser el agua que por aquí corre. El sol comienza a derretir la nieve que hay por toda la ladera y al convertirse en agua, ésta cae por el arroyo que tenemos a nuestra derecha.
- Puede ser eso pero yo oigo otra música.
Siguió comentando la niña.

Al llegar al arroyo, se pararon. Por el lado derecho vieron como una sendilla que conocía el mayor de los tres niños y por eso se pusieron a remontar por la ladera. Aclaró a sus compañeros:
- Conozco yo una pequeña llanura en esta ladera umbría del Generalife, que ahí, un poco más arriba, se abre como balcón hacia todo este valle del río Darro. Subamos a ella y descubramos lo que desde ese punto se ve.

Solo unos metros habían recorrido por esta sendilla cuando, por su izquierda y hacia el cauce del arroyo, vieron unos hilillos de

agua. Muy clara que saltaba por la pendiente en busca del arroyo y surgía de entre las raíces de una gran mata de cornicabra que cubría un gran espacio en el terreno. Al ver estos chorrillos tan cristalinos y con bordes de hielo a los lados, la niña comentó:

- Escuchad y veréis como la música que os vengo anunciando, parece proceder de aquí.

Se pararon y miraban para donde estos arroyuelos, cuando de pronto, hasta sus oídos llegó los sonidos de una débil voz que decía:

- ¡Por favor, ayudadme!

Al percibir esta llamada como saliendo de ahí mismo, de muy cerca de unos de los chorrillos de agua, los tres se sorprendieron. Se miraron entre sí y el más pequeño de los niños, preguntó:

- ¿Quién por aquí puede pedir ayuda?

- Soy yo.

Oyeron de nuevo y ahora fue la pequeña la que preguntó:

- ¿Y quién eres tú?

- Un copo de nieve que se encuentra en apuros. Aquí me tenéis en esta ancha hoja de cornicabra. Me está dando el sol y si alguien no me ayuda, dentro de un rato, me convertiré en agua y no quiero.

En una no muy grande hoja de cornicabra, verde aun pero teñida por completo con tonos ocres oro, vieron al copo de nieve que pedía ayuda. Se acercaron y antes de cogerlo, otra vez la pequeña preguntó:

- ¿Y qué es lo que deseas que hagamos nosotros?
- Como estáis viendo, he venido a caer en esta ladera de las montañas de Granada, no lejos de lo que creo es la Alhambra, esas torres que se ven allá en lo alto. El viento de la ventisca, me empujó y por fin pude posarme aquí y no era este el lugar que yo siempre he soñado. Yo y unos amigos míos compañeros de viaje en una gran tormenta que ha llegado a Granada desde un país muy lejano. Ellos también han caído por aquí cerca. En los tallos de una retama, uno y en esas ramas de romero en flor, el otro. Tampoco ninguno de mis amigos quieren morir aquí porque lo que habíamos soñado, no era esto.

Los tres niños se miraban entre sí y no salían de su asombro. Porque nunca ellos habían oído que los copos de nieve hablaran ni tampoco nadie les había comentado nunca que los copos de nieve no quisieran morir una vez ya en el suelo, sobre hierba o matas de retamas. Pero la pequeña, sí cayó en ese momento en la cuenta que los copos de nieve algunas veces pueden hablar. Lo había leído en algunos cuentos y hasta se lo habían dicho en el colegio. Por eso pensó que era algo natural lo que les estaba sucediendo. Creía también que hasta los sueños más extraños, pueden hacerse realidad en algunos momentos. Dijo a sus dos compañeros:
- Lo que este copo de nieve nos está diciendo, ocurre de verdad. Tenemos que ayudarle.

Vamos a preguntarle qué es lo que ahora podemos hacer por ellos.
- De acuerdo. Pregúntale tú que parece que ya eres su amiga.

Y sin pensarlo más, la niña se acercó otro poco a la hoja de cornicabra, procurando no tocarla ni rozarla para que el copo de nieve se mantuviera ahí y le preguntó:
- Pues dinos entonces qué es lo que nosotros podemos hacer por ti y por tus compañeros.
Y el copo, muy claramente confesó:
- Mis dos compañeros y yo, lo que más queríamos era venir a Granada para morir aquí pero cerca de la Alhambra y del río que nos han dicho se llama Darro. Todavía somos copos de nieve pero como sabemos que vamos a convertirnos en agua, lo que nos gustaría es deshacernos junto al tronco de algún árbol. A ser posible, grande y bonito, que clave sus raíces cerca de las aguas del río y desde donde se vea claramente la Alhambra y el Generalife. ¿Conocéis vosotros algún sitio y árbol como este que os digo?

Al oír esta pregunta, los tres niños, pensaron un momento mientras entre sí se miraban. Y pasado unos segundos, el más pequeño dijo:
- Yo sí conozco algo de esto que nos preguntas.
- ¿Qué es lo que conoces?
Preguntó la niña.

Y acercándose a la pequeña y al copo de nieve que pedía ayuda, aclaró:
- En el río Darro, ahí por donde el Puente del Aljibillo y antes del Puente de las Chirimías, crecen varios árboles como los que este copo de nieve nos describe.
Y rápido el niño mayor confirmó:
- Es cierto. Yo he visto muchas veces a estos árboles que dices. Junto al mismo Puente del Aljibillo y a un lado y otro del río, crecen tres almeces. Dos en el lado de la plaza del Rey Chico y uno, en el mismo muro del puente.

Justo cuando una pequeña senda que bajada desde la plaza del Rey Chico, llega al río, clava sus raíces un viejo y grueso almez. Y un poco más abajo y donde con el río se funde el arroyuelo que desciende desde la Alhambra por el Barranco del Rey Chico, crece un sauce muy grueso y viejo. Al otro lado de este arroyuelo y casi pegado al muro de las tierras del Carmen de Granadillo, también clava sus raíces otro aun más grueso almez. Luego, y también junto al muro del Carmen del Granadillo, hay dos álamos. Casi compañero del bonito almendro que clava sus raíces al otro lado del río, no lejos del muro del Paseo de los Tristes y cerca ya del Puente de las Chirimías.

Y al oír la palabra “almendro”, el copo de nieve interrumpió el relato del niño y preguntó:

- ¿Y desde donde este almendro vive, según dices cerca de la corriente del río, se ve la Alhambra?
- Claro que sí.
Confirmó enseguida el niño mayor.
- Se ve con toda claridad y, además, muy bonita porque al estar ya en lo más bajo de la colina, al mirar desde aquí, las murallas, las torres y toda la Alhambra en general, se ve como elevándose hacia el cielo, grandiosa y robusta.
- Pues llevadme a ese lugar y dejadme en el mismo tronco del almendro para que muera ahí. Nunca he visto a un almendro en flor pero mis compañeros, que son más viejos que yo, me han dicho que florecen en enero y que las flores de estos árboles, a veces son tan blancas como los copos de nieve.
- Eso sí que es cierto.
Confirmó la niña.
- Ahora mismo nos ponemos y realizamos el deseo que nos pides.

Y enseguida los tres, se pusieron a buscar algo grande y frío para poner encima el copo de nieve, para que no se rompiera ni se fundiera mientras lo llevaban al lugar que habían hablado. Encontraron una hoja de higuera muy amarillenta sobre las púas de una aulaga. La cogieron, la observaron un poco y con cuidado y doblando suavemente la hoja de cornicabra donde el copo estaba trabado, lo dejaron caer en la superficie de la ancha hoja de higuera. Decía el copo:

- Tened cuidado para que no se me rompa ningún cristal y colocadme en un lado de esta hoja. En el espacio que queda libre en esta hoja, colocad, separados uno del otro, a mis dos amigos. Ese copo temblón que veis ahí enganchado en el tallo de retama y al que parece dormir sobre las hojas de romero. Quiero que también ellos se vengan conmigo a ese lugar del río que me habéis dicho. Son mis mejores amigos.
- Eso está hecho ahora mismo.
Volvió a confirmar la pequeña.

En un lado de la amarillenta hoja de higuera, delicadamente también colocaron al copo del tallo de retama y, no lejos de él, pusieron al que dormía en las ramas de romero. El niño mayor dijo:
- Ya los tenemos preparados y ninguno de los tres ha sufrido daño. Bajemos ahora rápidos de esta ladera, con mucho cuidado para que no se nos caigan y rompan y llevémoslos al sitio que hemos acordado.
Dijo el copo de nieve primero:
- A este amigo mío que tengo a mi derecha, quiero que lo dejéis sobre el tronco del almez que hay en el mismo Puente del Aljibillo. Y el amigo que ahora tengo a mi izquierda, por favor colocarlo cerca de las raíces del almez que hay frente al almendro donde yo voy a quedarme. Así los tres nos quedamos cerca el uno del otro para no perder nunca la amistad entre nosotros.

Por la sendilla, a toda prisa, bajaron los tres niños con la bonita hoja de higuera y los tres blancos copos de nieve. Descendieron también rápido por el camino de la Fuente del Avellano, llegaron a la explanada del edificio del Rey Chico, por la senda que desde ahí cae, bajaron al río y buscaron primero el tronco del almez que clava sus raíces a solo unos metros del Puente del Aljibillo. Aquí, ayudados ahora con la hoja seca de este mismo árbol, empujaron un poco y dejaron caer, junto al tronco y cerca de las raíces, al tercer copo. Al ver el buen trabajo y el cariño con que los niños lo trataban, copo de nieve primero dijo:

- Sois los más amables que hay en el mundo. Nunca yo tampoco había imaginado que aquí en Granada, hubiera niños tan dulces como vosotros. Ha sido para mí una gran suerte haberos conocido.

- Pues gracias por ser tan cortés pero para nosotros, esto que hacemos, es un divertido juego. Contaremos luego esta aventura a nuestros amigos y ellos se alegrarán también, seguro.

No hablaron más en ese momento porque el sol que ahora caía como desde las torres de la Alhambra, calentaba un poco más. Taparon ellos con la sombra de sus manos a los dos copos que aun tenían sobre la hoja de higuera y con el mismo cuidado y prisa, cruzaron las aguas del arroyuelo que baja por el Barranco del Rey Chico. Buscaron el tronco del segundo viejo almez y en la tierrecilla que

ahí se veía, dejaron caer al segundo copo. Al tocar el suelo este copo helado, rápido se derritió y al verlo el primer copo que todavía descansaba sobre la ancha hoja que los niños portaban, aclaró:

- Esto es lo que también este amigo mío quería. Morir aquí en Granada y quedarse en este lugar para siempre. Las raíces de este árbol, igual que las del almendro donde vais a dejarme a mí, absorberá el agua en la que se ha convertido mi amigo. Y cuando en primavera este almez brote, sus hojas lucirán verdes y lustrosas y ahí estará mi amigo meciéndose al viento, reflejándose en las aguas de este río y con la Alhambra observándolo desde lo alto de la colina. El sitio al que nos habéis traído, es el mejor de todos. Me gusta mucho y por eso os lo agradezco de corazón. Un día y en su momento, tengo que pagároslo.

Escuchaban los niños emocionados las gratas palabras de copo de nieve primero y como tenían prisa, no comentaron nada. Después de soltar junto al almez a copo de nieve segundo, enseguida se dispusieron para cruzar al otro lado de la corriente, que era donde crecía el almendro. Clavado en la reducida franja de tierra que por ahí hay, entre el muro del Paseo de los Tristes y las aguas del río. Y aquí mismo, como perfectamente colocadas, encontraron una hilera de piedras que iban de un lado a otro de las aguas. Sabían ellos que eran obra ésta de los jóvenes

que por estos lugares se juntan en verano para jugar y refrescarse, mientras pasan el rato.
- Con cuidado para no caer a la corriente y que tampoco se nos caiga nuestro amigo el copo, por aquí pasamos.
Comentó el niño mayor.

Con todo cuidado pasó primero él, le dio la mano a la pequeña y, el menor de los tres, la seguía también sujetándola porque era ella la que, en sus heladas manos, portaba la hoja con el copo amigo. Llevándolo con todo mimo como si se tratara del más débil de los humanos. Los tres atravesaron las aguas del río y al pisar el tapizado césped de hierba que en este lado crecía, la niña comentó:
- Ya estás por completo a salvo. Y aquí mismo, lo puedes ver, el almendro que te hemos dicho, parece estar como esperando.
- ¡Gracias, amigos buenos, otra vez por lo que hacéis por mí! Y tened en cuenta lo que ahora mismo os digo: estáis haciendo real mi más íntimo y bonito sueño y esto es algo, no solo maravilloso sino muy grande. Ayudar a que los más débiles realicen sus sueños, creo yo que es algo fantástico y muy bello.
Comentaba emocionado el débil copo blanco.

Al oír estas palabras, la niña aproximó la hoja que portaba, a la parte baja del tronco del almendro, al tiempo que decía:
- Pues tú ahora, pequeño y blanco copo amigo nuestro, ya te encuentras donde querías. Éste es el árbol que te hemos dicho. Dentro de un

momento, vamos a dejarte junto al tronco de este almendro, muy cerca de sus raíces pero antes de ponerte aquí y que te conviertas en gota de agua, observa el bonito panorama que desde este lugar se ve. Allá en todo lo alto, asoma por la colina, gran parte de la Alhambra: la Torre del Homenaje, la de las Gallinas, parte de los palacios y la hermosa Torre de Comares. También se ve un buen trozo de la muralla y el bosque que cubre la umbría que cae para el río.

Por allí tienes el Tajo de San Pedro, la iglesia con este nombre y su torre con campanas. Un poco más acá y casi aquí mismo puedes ver el Puente de las Chirimías, el viejo Hotel Reuma, con sus jardines rotos y aquí mismo, casi rozando las raíces del almendro que sueñas, puedes ver el muro del Paseo de los Tristes. Las aguas del río, ya ves que pasan casi rozando las ramas de este pequeño árbol y a tu izquierda según miras para la Alhambra, tienes el Puente del Aljibillo donde en el almez, ya vive uno de tus compañeros. Tu otro amigo, desde su árbol particular, te mira desde ahí enfrente. Así de este modo, los tres estáis juntos, recogidos en este rincón del río de la Alhambra, lugar que muchos dicen es el más bello de Granada y también del mundo. Un privilegio para los tres y, en especial, para ti que vas a formar parte, desde ahora y puede que para mucho tiempo, de este bonito almendro.

Muy emocionado y por completo inmóvil sobre la hoja de higuera, copo blanco escuchaba el discurso que la niña le regalaba. Observa, a su manera y del modo en que puede hacerlo un copo de nieve, la original realidad que la pequeña le describía. Y ahora vio como ésta y sus dos amigos, se acercaban más al tronco del almendro, aproximando también la hoja donde descansaba el copo y con su dedo pequeño, empujó al frágil cuerpo blando. Resbaló éste desde la superficie de la hoja y, muy suavemente parecía acariciar al tronco del árbol ya por donde algunas raíces se hundían en el suelo.

- ¡Adiós, pequeño amigo blanco!

Comentó de pronto el niño más pequeño. Y el mayor añadió:

- A partir de ahora ya pasas a ser savia de este almendro, que es lo que tanto has soñado.

Y según los tres niños veían como el copo de nieve se iba durmiendo, a sus oídos llega el sonido de una música muy dulce y una débil voz que dice: “Morir en Granada, a los pies de la Alhambra y junto a este río de aguas limpias, sí que era mi sueño y vosotros me habéis ayudado a ello. Gracias de corazón y un abrazo sincero”.

La gota de agua, pura y transparente en que poco a poco se fue convirtiendo el copo, resbaló por la superficie del tronco del árbol. Vieron los niños como se ocultaba en la tierra y muy pegado a la raíz y entonces la niña comentó:

- Ahora siento pena que haya muerto.

El sol brillaba en estos momentos situado en todo lo alto de la Alhambra. Oyeron los niños que por el Paseo de los Tristes, los padres los llamaban. Desde el río subieron ellos a toda prisa y en la misma plaza, se encontraron con sus padres a los que enseguida comentaron la aventura que acababan de vivir. La madre de la niña comentó:

- Pues seguro que estáis tan helados como toda la nieve que habéis pisado.

Pero al tocar sus manos, los padres de los niños, notaron que no las tenían frías. Tampoco tenían frías ni sus caras ni cuerpos. Nada comentaron los padres pero sí se encontraban extrañados.

Y la niña, cuando ya caminaba junto a su madre por el Paseo de los Tristes hacia la Carrera del Darro, le preguntó a ésta:

- ¿Tú crees, mamá, que ayudar a un copo de nieve a que realice su sueño, sirve para algo?

Y la madre, muy segura de sí, dijo a su niña:

- Si tres niños como vosotros ayudan a tres copos de nieve a que sus sueños se hagan realidad, sirve para que los corazones de las personas y en un día como el de hoy, haya un poco más de gozo revestido de ilusión azul. Y también sirve para que el sol brille cada día un poco más puro, que la Alhambra sea algo más que esas torres que vemos allá arriba y para que las aguas de este río Darro no pierdan

nunca su color azul diamante. El mundo es cada día un poco mejor y más bello si tres niños como vosotros, ayudan a tres copos de nieve a realizar su sueño.

Y al insistir la niña sobre las cosas que había hablado con el copo de nieve, la madre ahora comentó:
- Aunque tengo que decirte que yo nunca oí que un copo de nieve hable con las personas.
- Pues mamá, lo que te estoy diciendo es cierto. Ese copo de nieve no solo ha hablado con nosotros sino que hasta nos ha agradecido que lo hayamos hecho amigo de nuestro. Es un copo de nieve especial.
Y la madre ya no comentó más sobre este tema.

La gran nevada que al amanecer del día veinticinco de diciembre, cubría todo este rincón de Granada, poco a poco desaparecía. Las nubes se habían levantado, el sol seguía calentando y las temperaturas ahora eran más altas. La niña comentó con sus dos amigos y con sus padres:
- Cuando la primavera llegue, un día tenemos que volver por aquí a comprobar si este almendro florece.

Volvieron por el lugar en los primeros días del mes de febrero y, tanto ellos como otras muchas personas, vieron entusiasmados las bonitas y abundantes flores en las ramas del almendro. Todas blancas como la nieve,

meciéndose al viento y como queriendo escaparse hacia las torres de la Alhambra. Se alegró de este espectáculo la niña y de nuevo comentó con los amigos:

- Se ha realizado el milagro. Su sueño lo ha convertido en flores de almendro, blancas y tiernas como era él cuando nos lo encontramos en forma de copo de nieve. Ojalá que aquí permanezca muchos años y que las ramas de este árbol, una vez y otra, se cubran con cientos de florecillas como las que estamos viendo.

Y este deseo de la niña y copo de nieve, se cumple cada año. Antes de la primavera y cuando ya el invierno va un poco avanzado, el pequeño almendro del río Darro y a los pies de la Alhambra, florece vigoroso cada año. Con tantas flores y todas tan blancas y finas, que muchas personas, se asoman al muro del río para verlo. Y algunos comentan:

- Es emocionante y romántico ver
este pequeño árbol tan cargado de
flores blancas en un lugar tan
singular como este.